

El Jardín

The Garden

Álvaro A. Bernal*



Estábamos en el café reunidos mirándonos y hablando de lo que podía suceder en nuestra relación, todavía no tenía lo que quería, le había insistido tanto. Nos acordamos de algunos momentos recientes vividos en la universidad. Aún recordábamos la última pedrea en plena calle 72, el tráfico de carros, el desorden y todo lo que implicaba salir a protestar con llantas incendiarias, piedras y consignas políticas dentro de una de las zonas más exclusivas de Bogotá. Yo terminé mi gaseosa primero y ella

fue al baño sin decir nada. La esperé mirando la avenida 15 y percibí ese dejo presuntuoso que tiene esa calle. La 15 con su estilo arribista de clase agringada, blanca y europea. La 15 que conduce a ciertos barrios excluyentes y que rebota al final contra un centro comercial y un hotel de lujo.

Cuando ella volvió, comencé a hablar una vez más de la universidad: mi última clase de cálculo y su repertorio de fórmulas y números. Ella miraba y me hacía preguntas. Yo la

Fecha de recibido: octubre 5 de 2015.

Fecha de aceptación: diciembre 21 de 2015.

* PhD en literatura hispanoamericana por la Universidad de Iowa (2005). MA en literatura inglesa de Governors State University y MA en literatura hispanoamericana de University of Northern Iowa. Licenciado en Lenguas (Español-Inglés) de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Jefe del Departamento de lenguas de la Universidad de Pittsburgh, campus Johnstown. Sus artículos de crítica literaria y estudios culturales han sido publicados en revistas especializadas como *Variaciones Borges*, *Estudios Colombianos*, *Brújula*, *Destiempos* y *Revista de Estudios de Literatura Colombiana*, entre otras. Buena parte de sus publicaciones se enfocan en el análisis de representaciones literarias de capitales latinoamericanas como Bogotá, Buenos Aires y Santiago. Ha incursionado en la escritura de ficción, habiendo publicado algunos de sus relatos. E-mail: aab52@pitt.edu

tomaba de la mano y veía su rostro deformado a través del vidrio de la botella de gaseosa. Por ahí se escuchaba a Estelita Núñez con su “No me arrepiento”. Parecía una escena romántica. No lo era.

Sin querer comencé a hablar de Chapinero, ella se rio y me dijo que conocía buena parte de mis historias. Le dije que le iba a contar algo de mi niñez, ella se volvió a reír. Comencé a hablarle del jardín infantil que quedaba en la calle 64 abajo de la Avenida Caracas. Ese lugar fue mi primer colegio por unos cuantos años. Me emocioné al pensar en esa época, pero también varias veces le expliqué que allí pasé momentos tristes cuando tenía 4 o 5 años. Allí dejaba de ver a mi mamá por toda una larga mañana y parte de la tarde. Creo que detestaba ese jardín de niños correlones, inquietos y descoordinados. Me llevaban casi contra mi voluntad a las 8 de la mañana y mi mamá desaparecía. Después surgía mágicamente a las 2 de la tarde. Feliz me regresaba saltando y riendo con ella para la casa de la calle 70, mi casa.

Ella indagó por el jardín y por aquellas aventuras. Yo hablé del parque que había al frente, mencioné también un colegio privado de garaje con nombre pomposo que quedaba en una esquina y que de niño me advertían que era un lugar en donde los alumnos fumaban marihuana. Yo no sabía qué era eso de la marihuana pero intuía que era algo malo. Con los años supe que no lo era tanto.

Recordé que una vez por alguna razón mi mamá me recogió antes de la hora de salida y me compró un helado en una cafetería que quedaba en la otra esquina, al frente de un almacén de repuestos para licuadoras. Ese día vi a unos muchachos fumando en el parque.

Yo seguía contando y ella me miraba y seguía mis anécdotas con atención. Esta vez sonó algo de Leonardo Favio, el coro decía: “Ding dong, Ding dong, estas cosas del amor, así fuimos caminando por la Calle Santa Fe”.



Como estábamos tan cerca le dije que fuéramos a visitarlo, que solo nos separaban unas cuantas cuadras, que si quería caminábamos por la 13 para evitar la horrible Caracas. Ximena bebió el último sorbo de su gaseosa amarilla y con una convicción inusual me dijo que sí. Nos paramos y salimos del café en el momento en que alguien entraba pidiendo plata.

Caminábamos y yo pensaba que el jardín debería estar igual, quizá podríamos entrar y ver sus paredes con imágenes de Pluto y Tribilín. A esa hora estarían los niños jugando con bolas de plastilina y todos con delantales de colores se reirían o se sorprenderían al vernos. Me ilusioné mucho con la idea de poder entrar. También pensé en la rectora de esa época, la señora Alcira, una vieja gorda, de cabellos monos que vino a ser mamá por primera vez después de los cuarenta y tantos. Evoqué a Mariela, mi primera profesora, la



cartilla de lectura Coquito y el patio en donde corríamos sin escuchar órdenes. Jardín Infantil San-ta Ma-ría, Jardín Infantil San-ta Ma-ría, Jardín Infantil San-ta Ma-ría, me lo repetí varias veces despacio vocalizando y enfatizando cada sílaba. Ya estábamos cerca.

Cuando Ximena me observaba a veces parecía aburrida con mis relatos, pero instantáneamente me preguntaba algo. Tal vez simulaba estar interesada. Llegando a la calle 66 con 13, me dijo: ¿Y si ya no existe? Yo la agarré fuerte, me le acerqué y le dije que algo encontraríamos. Debía quedar alguna huella del jardín. Seguro que iba a estar ahí tal cual.

Cruzando la Caracas y bajando lentamente por la 64 noté que el barrio era otro. Las casas de entonces no estaban, una que otra abandonada parecía rendida a la condena de una pronta demolición. El parque lo habían arreglado un poco pero niños no había. El colegio de la esquina con su mala reputación

ya no estaba. Seguimos caminando y lo que veía era casi todo nuevo. Había edificios de vidrios brillantes, de cristales de mal gusto y estacionamientos de carros por todas partes. Varias parejas entraban y salían raudas de estos lugares. Había cierto tránsito de autos que no entendía, que entraban y salían constantemente de los estacionamientos. Yo ya no supe qué decir, temía haber quedado como un mentiroso. Dos décadas habían pasado.

Calculando contemplé la cuadra que me interesaba y descubrí que la casa del jardín infantil la habían tumbado. No podíamos entrar, ya no existía. Sentí nostalgia y tristeza. Un hombre de seguridad de la zona observó a Ximena de arriba abajo, hizo un gesto raro y después salió con una risita irónica estirando la ceja izquierda. Yo comencé a entender la situación.

Frente a lo que había sido mi jardín, con sus caritas felices, cubitos y juegos de niños se levantaba un edificio al mejor estilo arquitectónico de Miami, rodeado de palmeras cortas, una entrada camuflada con paredes de baldosas blancas y una placa que decía: “No se reciben tarjetas de crédito, solamente pago en efectivo”. En esa entrada, como de cueva, había una puerta negra en la que se veía una lámpara a media luz que daba al lugar un aspecto lúgubre. Ximena se quejó del olor a ambientador de tienda. Yo permanecía callado, aguardando algo. Sin haber golpeado, alguien nos abrió la puerta y los dos vimos unas esculturas baratas de un hombre y una mujer desnudos. Eran unas imitaciones burdas de alguna Afrodita y un Doríforo venido a menos. Una mujer joven sin mayor atractivo con un plumero en la mano nos inquirió:

—¿Van a tomar una habitación por un rato o hasta mañana? Todos los cuartos tienen jacuzzi, hay que pagar por adelantado— recalcó.

Nos miramos confundidos, entramos titubeando. Yo sonreí y aligeré el paso.